

1. VOLVER

Aún recordaba la brisa salada del mar, el suave calor del sol al atardecer de aquellos últimos días del verano, pero sobre todo recordaba su rostro, sus ojos verdes que reflejaban la inmensidad del mar. Recordaba el suave murmullo de su voz cansada que entonces no supo apreciar, su cuerpo delgado, cubierto por esa blusa turquesa que tanto le gustaba... ¿Cómo podía haberlo olvidado durante tanto tiempo? ¿Cómo entonces no vio que era una despedida? No como las otras. No un adiós temporal.

A veces, todavía le parecía escuchar su risa y el tono burión de su voz cuando se metía con él...

Habían pasado ocho años desde la última vez que contempló aquel paisaje y aunque ahora era invierno y el mar enfurecido apenas dejaba una franja de arena transitable, ese era su mar. El mar de ellos. De aquellos días de sol y momentos compartidos. Lo que era ahora la vida que tenía... Se la debía por completo a aquellos días. En ese tiempo había aprendido a apreciar su existencia, a vivirla como el maravilloso regalo que era. Había aprendido a luchar y a levantarse después de cada caída. A asimilar los errores y a no lamentarse por ellos. Todo eso se lo debía únicamente a ella. A esa joven que con su tremendo amor por la vida y sus enormes ganas de luchar le había devuelto la alegría y la confianza en sí mismo. Tras dejar Galicia entonces, se prometió a sí mismo y a ella que aprovecharía cada instante al máximo y que no desperdiciaría ninguna de las oportunidades que se le presentaran.

Se dejó caer pesadamente sobre la arena aún húmeda de la marea nocturna. Había conducido más de seis horas para llegar

allí, sin planearlo, simplemente supo que debía ir, que debía regresar. Debía acabar con los fantasmas que cada noche acudían a su mente en forma de sueños. Tenía que mostrarle que lo había conseguido, que había cumplido con lo que ella le había pedido y con las promesas que había hecho.

Hundió la cabeza entre las manos y dejó escapar un suspiro con nombre de mujer: «Lara...». El viento recogió su voz y la llevó lejos, más allá de la playa, remontando los escarpados acantilados, recorriendo la verde y húmeda sima, atravesando aquel muro viejo de piedra habitado por musgos y otras plantas que habían hecho de él su hogar, acariciando las hortensias y los rosales que fueron testigos mudos de todo aquello y depositándola en una de esas ventanas blancas que coronaban aquel edificio donde había empezado y acabado todo.

Y allí, entre las paredes de madera y los suelos de tarima, allí donde los muebles viejos y descoloridos habían visto pasar el tiempo con lentitud desde su partida, allí sobre uno de aquellos asientos recubiertos de cojines tapizados de polvo..., retumbó su voz y no pudo parecer otra cosa más que había vuelto a buscarla.

Y toda la casa se estremeció cuando ese murmullo recorrió todas las arterias de ladrillo y piedra y pareció que la luz volvió a atravesar los cristales, que volvió a colarse por cada una de las rendijas que dejaban entre sí los paneles de las persianas, devolviendo la vida y la esperanza a un lugar que durante largo tiempo había estado muerto.

2. UN REFUGIO DEL PASADO

Accionó el mecanismo automático de la persiana que cubría el cristal de la ventanilla. El sol había dejado de darle de lleno y ahora podía contemplar el paisaje a través del cual aquel tubo de acero lo transportaba lejos de todo lo que tanto odiaba en esos momentos. Los verdes valles y las colinas cubiertas de frondosa vegetación le hacían comprobar que verdaderamente se estaba separando de su mundo plano y yermo.

Quizás alejarse de todo no era la solución, pero lo necesitaba, necesitaba dejar atrás Madrid y olvidar esos dos malditos años por un tiempo. Le había costado tomar la decisión, pero pensó que había hecho bien en escuchar a su madre y pasar el verano en el pueblo de su infancia. Sus tíos se habían ofrecido encantados a acogerlo.

Acababa de ver el cartel que anunciaba que tan solo le quedaban cinco kilómetros. Una corta distancia que le separaba de tres meses de reflexión, tranquilidad y... soledad. Aunque ya conocía de sobra a esa compañera, la llevaba junto a él hacía bastante tiempo. Cerró los ojos y una sensación de vértigo se apoderó de su estómago, inconscientemente se llevó las manos a la cara y frotó los ojos cansados. El tren acababa de detenerse.

Bajó y estiró las piernas. Una pareja de edad avanzada descendió detrás de él. No pudo evitar sonreír al contemplar cómo el hombre bajaba primero y extendía con afabilidad la mano hacia la mujer para ayudarla a salvar los escalones. Debía ser agradable compartir tu vida con alguien hasta el final. Cuando agarró a su esposa por el codo se le cayó un sombrero que sostenía

bajo el brazo y el aire lo arrastró hasta los pies de Alejandro, que lo recogió y se lo tendió sonriendo.

—Muchas gracias, joven.

—De nada.

la señora se acercó.

—¿Vienes a pasar el verano aquí?

—Sí, vengo a casa de mis tíos.

—No me suena haberte visto. ¿Es la primera vez que vienes?

—Bueno, desde que tengo uso de razón sí. Mi madre es de aquí, pero no había vuelto desde que era muy pequeño.

—Siempre es agradable que la sangre joven retorne, ¿verdad, Laura? —la mujer asintió sonriendo—. ¡Disfruta de esto!

—¡Gracias! —y se alejaron despacio, siempre unidos por sus brazos.

La estación no era tal, sino una especie de caseta de ladrillo donde figuraba el nombre del pueblo. Respiró el aire fresco, olía a verde, a limpio, a libertad y por primera vez en mucho tiempo se sintió bien. Cargó sobre el hombro la mochila y se cubrió la frente con la mano para poder ver bien lo que le rodeaba. Montañas verdes, plagadas de árboles y salpicadas de flores y, tras la colina atravesada por el camino que conducía a las primeras casas, el mar. Ese mar azul, inmenso, inquietantemente tranquilo y a la vez vivo. Aspiró la suave brisa que se colaba entre los árboles y susurraba una especie de melodía natural de bienvenida.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el sonido renqueante de una furgoneta que se aproximaba. El vehículo, que evidenciaba años de uso, era de un rojo brillante y estaba curiosamente limpio. Se detuvo a sus pies y de él descendió una mujer morena, de ojos oscuros, que vestía vaqueros y una camisa blanca.

—¡Alejandro, madre mía, si eres todo un hombre y además muy guapo! No te veía desde... ¿desde cuándo? —le plantó dos sonoros besos en la cara—. ¿Qué tal el viaje? —miró a aquella mujer menuda que ni de lejos aparentaba los sesenta años; su rostro bronceado, que apenas tenía arrugas, conservaba una evidente belleza juvenil.

—Bien, un poco largo, pero bien. He venido dormido casi todo el camino.

Cargaron los bultos en la parte trasera de la destartalada furgoneta y con una velocidad lenta pero constante fueron dejando atrás las vías del tren. Durante el resto del trayecto hablaron de su tío Pedro y de su madre, que eran hermanos y de cómo había transcurrido el tiempo que llevaban sin verse. Alejandro informó a su tía con alegría de los acontecimientos familiares recientes, que verdaderamente no tenían mucha trascendencia. Pasó muy por encima de los dos últimos años de su vida y sobre todo de los últimos meses, que ni siquiera mencionó. Mariana le informó entusiasmada sobre el negocio de alojamiento rural que habían comenzado a regentar hacía muy poco y de la afición que su tío Pedro había descubierto por los caballos.

Atravesaron el pueblo, que él por supuesto no recordaba, y lo encontró acogedor, precioso, casi salido de un relato, con sus casas de piedra, sus balcones de madera cargados de flores, sus calles empedradas... ¡Qué diferencia con la impersonal arquitectura de ladrillo y hormigón que imperaba en la capital!

En un momento dado Mariana rompió su ensimismamiento:

—No creas que no vive nadie, es que aún mucha gente está trabajando y son las horas de mediodía. ¡Ya verás cuando llegue julio!

A él realmente no le importaba que no hubiera gente, casi lo prefería, había venido para aislarse de todo y de momento parecía que sus planes estaban saliendo bien. El coche se detuvo junto a una tiendecita de la que emanaba un riquísimo olor a dulce y a pan recién hecho.

—Espera un momento, tengo encargado algo para darte la bienvenida —él sonrió.

—No tenías que haberte molestado —Mariana se encogió de hombros y salió del vehículo. Cuando entró en la panadería, Alejandro fijó su mirada en un gran perro blanco con manchas de color canela que apareció doblando una esquina. Un mastín de abundante pelo lanoso, con el rostro enmascarado